

JAVIER LEIVA BUSTOS
Universidad Autónoma de Madrid

Modalidades del mal durante el nacionalsocialismo¹

Modalities of Evil during National Socialism

Recibido: 17/11/17. Aceptado: 25/1/18

Resumen: Considerando que los diversos actos y atrocidades perpetrados por el nacionalsocialismo no pueden reducirse a una única teoría, a una única causa o a una única raíz, el presente artículo se propone analizar las diferentes expresiones que el mal adoptó durante el III Reich. Para ello, analizaremos los términos arendtianos de “banalidad del mal” y “mal radical”; presentaremos nuestra propuesta de lo que hemos denominado “espontaneidad del mal”; expondremos el mal que se veían obligados a realizar los prisioneros de los campos de concentración; y, finalmente, atenderemos tanto a la complicidad activa como pasiva por parte del pueblo alemán.

Abstract: Considering that several acts and atrocities perpetrated by National Socialism cannot be reduced to a singular theory, to a singular cause nor to a singular root, the purpose of this essay is to analyze the different expressions that evil adopted in the Third Reich. In order to do that, we will analyse the Arendtian terms “banality of evil” and “radical evil”; we will introduce the term “spontaneity of evil”; we will show the evil that prisoners of concentration camps were forced to perform; and, finally, we will pay as much attention to active as to passive collusion carried out by German people.

¹ El presente artículo desarrolla las líneas de investigación propuestas en la ponencia “Expresiones del mal en el nacionalsocialismo”, presentada XXI Congrés Valencià de Filosofia (marzo de 2016), así como recoge las aportaciones realizadas en el debate y la discusión posteriores.

Palabras clave: banalidad del mal, complicidad, espontaneidad del mal, mal concentracionario, mal radical.

Keywords: banality of evil, collusion, spontaneity of evil, concentracionary evil, radical evil.

I. INTRODUCCIÓN

EN 1945, recién ocurrida la barbarie nazi, Hannah Arendt afirmaba: “el problema del mal será la cuestión fundamental de la vida intelectual de posguerra en Europa”.² Pese a que este vaticinio no se llegase a cumplir de la manera en que esperaba su autora, lo cierto es la reflexión acerca de esta materia fue adquiriendo progresivamente más interés a medida que, con el paso de los años y de las décadas, se fueron descubriendo y desvelando los crímenes y los procedimientos empleados por el nazismo en su proyecto totalitario. Sin embargo, el pecado que han cometido muchos enfoques es intentar explicar el fenómeno del mal en el nacionalsocialismo a partir de causas únicas y totalizantes, como si todas las acciones malévolas perpetradas por Alemania entre 1933 y 1945 pudieran remitirse a una sola raíz general; posturas que, por supuesto, han conducido a distintas paradojas y han sido incapaces de explicar determinados casos y situaciones. Por este motivo, considerando que esta cuestión reviste una complejidad demasiado grande como para caer en semejantes reduccionismos y simplificaciones, la propuesta que presentamos a continuación trata de dar cuenta del mal acaecido durante el III Reich desde un punto de vista multicausal y heterogéneo; esto es, exponiendo diversas expresiones que adoptó a lo largo de sus doce años de existencia, desde las relatadas por Hannah Arendt, hasta las que han sido posteriormente estudiadas en relación a los campos de concentración, o el comportamiento de los ciudadanos alemanes.

2. LA “BANALIDAD DEL MAL”

La propia Arendt fue, si no la primera, sí una de las pioneras en abordar y tratar de poner el problema del mal en un primer plano de la reflexión filosófica. Su planteamiento en *Los orígenes del totalitarismo* acerca del “mal absoluto” —imperdonable, incastigable, así como incomprensible e inexpli-

² Arendt (2005, 409).

able a partir de motivaciones malignas³— suscitó no pocos comentarios y reflexiones acerca del tema; pero lo que sin duda elevó el tema del mal a una cuestión filosófica de primer orden fue la publicación de la obra *Eichmann en Jerusalén*, donde Arendt empleó su conocida —y muchas veces malinterpretada— expresión “banalidad del mal”. La nueva perspectiva de la pensadora germano-americana avivó una enorme polémica en diversos frentes; no solo dentro de la comunidad judía, que la vio como una traidora que se odiaba a sí misma y al pueblo hebreo, sino también entre aquellos que, por un lado, afirmaban que había cambiado de parecer respecto a sus anteriores escritos, y quienes, por otro, sostenían que sus reflexiones de *Eichmann en Jerusalén* eran perfectamente compatibles con las que había realizado desde la publicación de *Los orígenes del totalitarismo*, habiendo realizado únicamente un “cambio de enfoque”. Una cuestión que, sin embargo, no podemos detenernos a analizar en este momento con la atención que requeriría.⁴

El problema al que nos enfrentamos a la hora de analizar la “banalidad del mal” es que la propia autora nunca definió exactamente qué pretendió decir con aquella expresión, ni elaboró una teoría propiamente dicha al respecto;⁵ en sus propias palabras, lo único que quiso hacer fue exponer un hecho objetivo.⁶ A pesar de esto, analizando el caso de Eichmann, sus conclusiones y sus escritos, podemos entender que lo que Arendt quiso transmitir fue que las acciones más monstruosas y viles del mundo pueden estar motivadas o venir dadas a partir de los motivos más banales y triviales; motivos que intrínsecamente no son perversos y que cualquiera de nosotros podría albergar en su interior sin sentirse mal por ello, tales como el deseo de reconocimiento social, de ascender en el trabajo, etc. En ningún caso, en contra de lo que muchas malinterpretaciones sobre Arendt han llegado a sostener, la autora de *Eichmann en Jerusalén* no pretendió decir, o siquiera insinuar, que el mal acaecido durante el nacionalsocialismo fuera en sí mismo banal o insignificante. Lo que Arendt señala, enfrentándose con ello a toda la tradición moral de la historia de Occidente,

³ Véase el “Prólogo a la primera edición” y el apartado *Dominación total* del capítulo “El totalitarismo en el poder”, en Arendt (2010).

⁴ Acerca de este debate, véase, por ejemplo: Aguirre & Malishev (2011, 63-71); Bernstein (2007, 49-63); Bernstein (2009, 235-57); Bernstein (2012, 313-45); Birulés (2008); Botero (2013, 99-126); Canovan (1992); Di Pego (2007, 88-103); Elvira García & Kohn Wacher (2010, 11-30); Marrades (2002, 79-103); Prior Olmos (2010, 211-26); Wagon (2013-14, 69-97).

⁵ “Arendt no abandonó su postura con respecto a la no radicalidad del mal —una regla sin excepciones—, pero en sus escritos solo nos proporcionó más ilustraciones de la banalidad, y no en cambio un razonamiento minucioso” (YOUNG-BRUEHL 2006, 463).

⁶ “También comprendo que el subtítulo de la presente obra puede dar lugar a una auténtica controversia, ya que cuando hablo de la *banalidad del mal* lo hago solamente a un nivel estrictamente objetivo, y me limito a señalar un fenómeno que, en el curso del juicio, resultó evidente” (ARENDR 2011, 417. El destacado es nuestro).

es que no hacen falta intenciones o voluntades malvadas para realizar acciones malvadas; no fueron deseos malignos los que guiaron a muchas personas durante el nazismo, sino su falta de pensamiento, la ausencia del diálogo interno y silencioso con uno mismo; una falta de la que no necesariamente salvaban una mayor inteligencia o una mayor sofisticación moral. Dicho en otras palabras, lo fundamental dentro de la banalidad del mal es que los individuos renuncian a su capacidad de juicio, a su autonomía, a su pensamiento libre y crítico para empezar a seguir las órdenes que les son dictadas por una instancia superior, por crueles o inmorales que sean. Según el planteamiento de Arendt, lo esencial para alemanes como Eichmann fue el cumplimiento de las normas y las leyes, no su contenido o sus consecuencias. De este modo, una vez convertidos en “autómatas” al servicio de la voluntad del *Führer*, cuya palabra tenía “fuerza de ley”, estas personas elaboraron toda una serie de barreras psicológicas para no percatarse del mal que estaban causando.

No obstante, a pesar de las virtudes y la novedad que la propuesta o el fenómeno de la “banalidad del mal” trae consigo, esta también muestra una serie de carencias o defectos que no pueden dejar de ser pasados por alto. En primer lugar, la propia Arendt estuvo presente en Jerusalén únicamente al inicio del juicio, como enviada especial del semanario *The New Yorker*, pero no pudo presenciar todo el proceso. A la hora de elaborar su “estudio sobre la banalidad del mal” muchas de sus informaciones provenían de noticias, notas de prensa, etc., es decir, por fuentes indirectas; incluso en el momento en que fue dictada la sentencia de muerte de Eichmann, Arendt hacía meses que había regresado a los Estados Unidos. Al mismo tiempo, muchos estudios han revelado las carencias de la pensadora a la hora de abordar cuestiones como la situación en los guetos, las deportaciones o incluso el controvertido aspecto de los *Judenräte*. Todo ello conduce a la pregunta de hasta qué punto resulta fiable el análisis arendtiano acerca de la persona de Adolf Eichmann y su propuesta del mal banal.

En segundo lugar, en *Eichmann en Jerusalén* se nos relata cómo el acusado permaneció sereno y tranquilo durante todo el juicio. Lejos de ser el monstruo sádico que se esperaba, Eichmann parecía una persona completamente normal, como afirmaron los psiquiatras que le evaluaron, e incluso con ideas positivas, como diría su confesor. A juicio de Arendt, lo más grave de personas como Eichmann es que eran “terrible y terroríficamente normales”.⁷ Sin embargo, si atendemos a que su abogado defensor fue Robert Servatius, la misma persona que en los primeros juicios de Núremberg había defendido a los grandes jerarcas del nacionalsocialismo, tampoco queda claro hasta qué punto

⁷ Arendt (2011, 402).

el comportamiento, afirmaciones y argumentos de Eichmann —carencia de antisemitismo, miedo a las consecuencias por no cumplir órdenes, sentimiento de obediencia y cumplimiento con el deber, etc.— resultaban ciertos o si, por el contrario, no eran más que una simple estrategia jurídica de la defensa para buscar la menor pena posible. De hecho, cuando Eichmann se encontraba escondido en Argentina, había concedido una entrevista en 1955 al periodista nazi holandés Willem Sassen, en la cual no solo lamentaba haber dejado inconcluso el Holocausto sino que presumía además de haber enviado a más de cinco millones de judíos a las cámaras de gas.⁸

Finalmente, es posible que no exista un ejemplo paradigmático de lo que supone la banalidad del mal, ni siquiera el propio Eichmann. Es cierto que quería ser reconocido por el Partido, que tenía la ambición de ascender, que renunció a su pensamiento autónomo... pero no resulta menos cierto, como han resaltado pensadores como Richard Bernstein o Margaret Canovan,⁹ que Arendt también subestimó el fanatismo ideológico de Eichmann. La célebre sentencia por la cual el acusado decía “solo seguir órdenes”¹⁰ se revela falsa en el momento en que descubrimos que desobedeció la orden de Himmler de acabar con las deportaciones en el otoño de 1944;¹¹ en su lugar, Eichmann continuó con ellas y deportó a miles de judíos de Hungría. Un dato que, a pesar de ser mencionado de manera breve en la obra, apenas es tenido en consideración por parte de la autora. Sin embargo, si lo tenemos en cuenta, podemos llegar a afirmar que en la persona de Eichmann la ideología llegó a penetrar finalmente hasta lo más hondo de su ser, haciéndole tomar decisiones perversas, no solo sin que le fuesen ordenadas, sino además desobedeciendo a su superiores. En otras palabras, no siempre siguió órdenes.

Ahora bien, que Eichmann no se ajustase al retrato de la banalidad del mal realizado por Arendt no quiere decir que ocurriera lo mismo en el caso de otras personas. Desde este punto de vista, quizá podamos traer un mejor ejemplo de lo que supuso este fenómeno a través de figuras como la de Franz Stangl. Stangl era aparentemente un hombre normal, e incluso modélico en algunos aspectos de su vida: era trabajador, llegó a ser el maestro tejedor más joven de su Austria natal, alcanzó su sueño de ser policía, se casó con su novia de juventud —una católica devota— de la que siempre estuvo enamorado,

⁸ Esta serie de entrevistas sería la que, posteriormente, pondría al Mossad tras la pista de Eichmann, debido a las pocas precauciones que tomó para no ser identificado.

⁹ Bernstein (2012) —concretamente, el capítulo “Arendt: el mal radical y la banalidad del mal”, 313-45—; Canovan (1992).

¹⁰ “Tal y como dijo una y otra vez a la policía y al tribunal, él cumplía con su *deber*; no solo obedecía órdenes, sino que también obedecía la *ley*” (ARENDR 2011, 198. El destacado es de la propia Arendt).

¹¹ Arendt (2011, 202).

tuvo un matrimonio feliz y fue un padre de familia querido y respetado por sus hijos. Sin embargo, junto a esta entrañable imagen de hombre ejemplar y responsable convivía la del hombre que dirigió el campo de exterminio de Treblinka, donde fueron asesinadas más de 900.000 personas —cifra tan solo superada por Auschwitz—, e incluso llegó a recibir la Cruz de Hierro por ser, en palabras de Himmler, “el mejor comandante de campo de Polonia” (SERENY 2009, 14). Sin embargo, en las entrevistas realizadas por Gitta Sereny a Stangl ente 1970 y 1971, una vez que este se encontraba ya en prisión tras su juicio, observamos una personalidad muy diferente a la que cabría esperar de un hombre que tiene las manos manchadas con la sangre de centenares de miles de inocentes. Stangl, al igual que Eichmann, no tenía ningún problema psicológico: no era un sádico, ni un loco, ni disfrutaba con el mal ajeno; por el contrario, transmitía la imagen de una persona educada, seria, civilizada y amable. Al igual que Eichmann, afirmaba no odiar a los judíos —incluso decía tener relaciones amistosas con ellos— y, sobre todo, que “no había hecho más que obedecer órdenes” (SERENY 2009, 29). Stangl negó siempre haber matado a nadie con sus propias manos, y lo cierto es que ninguno de sus colaboradores ni de los supervivientes ha declarado que el comandante de Treblinka tuviera un comportamiento violento o abusivo con las víctimas; es más, corroboran su versión de que nunca ejecutó a ninguna persona. Su única finalidad, como afirmaban sus subordinados, era que “el lugar funcionara como un reloj” (SERENY 2009, 295); se esforzaba en cumplir su cometido del mejor modo porque “así es como él era”, formaba parte de su personalidad, y de ningún modo podría haber realizado cualquier trabajo que le asignaran peor o de una manera menos excelente de lo que era capaz (SERENY 2009, 337-8).

Stangl encarnaría así, de una manera más adecuada, el fenómeno de la banalidad del mal. A lo largo de las entrevistas realizadas por Sereny se hace patente su deseo de ascender en su trabajo y de alcanzar una notoriedad social. Fue por ello por lo que aceptó trabajar en el programa de eutanasia *Aktion T4* o en campos de exterminio como el de Sobibor o el de Treblinka. Ciertamente es que pensó en renunciar en muchas ocasiones, pero finalmente su ambición prevaleció sobre cualquier otro sentimiento. En diversas ocasiones tuvo la opción de elegir entre continuar con su cometido o elegir otro trabajo dentro de las SS —hecho que hubieran frenado su carrera—, decantándose siempre por la primera opción. A la hora de explicar esta decisión, se autojustificaba apelando a su sentido del deber, a las supuestas amenazas veladas que le realizaban sus superiores —y que presuntamente habrían puesto a su familia y a él mismo en peligro—, o al recelo que sentían los jefes hacia él en el trabajo alternativo que le ofrecían. Sin embargo, todas sus excusas resultan fútiles: diversos historia-

dores sociales¹² han demostrado que para la ejecución de la “Solución Final” la cúpula nazi quería únicamente hombres decididos y comprometidos con su labor. En caso de renunciar, nadie resultaba castigado o ejecutado, y mucho menos sus familias; el único “castigo” era la imposibilidad de seguir ascendiendo o tener que buscar otro trabajo. Asimismo, de haber querido renunciar verdaderamente al trabajo, le hubiera sido indiferente el odio que otros jefes tuvieran hacia su persona; habría aguantado, podría haber pedido un traslado o, sencillamente, buscar otro oficio.

Asimismo, por lo que refiere a su sentido del deber, Stangl había renunciado a su capacidad crítica y de juicio para limitarse a obedecer lo que dictaba la autoridad; para él, lo correcto consistía exclusivamente en cumplir estrictamente las órdenes encomendadas desde Berlín. Para poder llevar a cabo esta labor, creó toda una serie de estrategias y barreras psicológicas con tal de no ser consciente del mal que estaba causando. Se distanció del contacto con los prisioneros, se autoconvenció de que no trataba con seres humanos sino con, en sus propias palabras, “cargamento” y elaboró diversas actividades con las que tener la mente ocupada y distraerse: construcciones para la zona alemana del campo, reformar la zona de ejecuciones, cultivar un huerto junto a sus compañeros, refugiarse en la burocracia, etc. Se esforzaba en no pensar en lo que hacía pero, sin embargo, en el fondo de su ser, sabía que lo que estaba haciendo no era correcto: por eso mintió a su mujer acerca del verdadero cometido de su labor hasta que fue arrestado, asegurándole que se limitaba a tareas administrativas —tanto en el instituto de eutanasia como en Treblinka—. Dejando de pensar por sí mismo y limitándose a cumplir órdenes, se dejó llevar por su carácter ambicioso y trabajador, y desempeñó su función de la manera más eficiente que pudo. En este sentido, al contrario que Eichmann, nunca desobedeció una orden. Stangl fue un ejemplo de lo que llegó a suponer la “banalidad del mal”.

3. EL MAL RADICAL: ESBOZO DE UNA NUEVA PERSPECTIVA

Por otra parte, Hannah Arendt nunca pretendió reducir todo el mal engendrado por el nacionalsocialismo en su idea de la banalidad del mal. De hecho, la propia pensadora tuvo sus reservas acerca de la generalidad de su tesis: en su círculo más próximo, le había dicho a su íntima amiga Mary McCarthy que consideraba a Reinhard Heydrich como el “mal absoluto” (YOUNG-BRUEHL 2006, 463), mientras que J. Glenn Gray, uno de sus más atentos lectores, le

¹² Por ejemplo, Browning (2002); Gellately (2002A); Gellately (2002B); Goldhagen (2008); o Johnson (2002), entre otros.

hizo reflexionar al preguntarle si habría utilizado el subtítulo de “banalidad del mal” en caso de que su libro hubiese versado sobre Goebbels en lugar de sobre Eichmann (YOUNG-BRUEHL 2006, 462). Esto nos lleva a otra expresión del mal manifestada durante el III Reich y que, a falta de una expresión mejor, podríamos denominar “mal radical”, tomando prestada la expresión kantiana. Sin embargo, con este término no pretendemos aludir a lo mismo a lo que se refería el filósofo prusiano en *La religión dentro de los límites de la mera razón*: para Kant, la “radicalidad del mal” se refería a una tendencia enraizada en la naturaleza humana cuya explicación última no se puede encontrar y que hacía proclive al ser humano a cometer malas acciones, entendiendo estas como el seguimiento de máximas ajenas al imperativo categórico. Ahora bien, ninguna persona podría llegar al extremo de ser *diabólica*, en el sentido de elegir libre y voluntariamente que la negación sistemática de la ley moral fuese el motor de su acción (KANT 2009); un optimismo acerca de la naturaleza del género humano que también era compartida por Arendt. Sin embargo, la actuación de diversas figuras del nazismo durante el III Reich pone en tela de juicio esta afirmación.

En este sentido, lo que pretendemos señalar con el uso de la expresión “mal radical” es aquel mal *absoluto*, enraizado en la naturaleza de determinadas personas, cuya comprensión casi escapa a nuestro entendimiento, pero que, al contrario de lo que decía el filósofo de Königsberg, los hacía intrínsecamente perversos; personas movidas únicamente por los motivos y las intenciones más malévolas, viles y crueles que puedan albergarse, opuestos a cualquier tipo de ley moral. Hitler, Himmler, Goering o los citados Heydrich y Goebbels, entre otros, difícilmente caben ser definidos con otra palabra que no sea la de malvados: individuos sin escrúpulos, conscientes del horror que causaban, dispuestos a cualquier cosa con tal de lograr sus objetivos y arquitectos del mayor genocidio conocido por la historia de la humanidad; hombres que calcularon fría y minuciosamente lo que se proponían hacer, que sabían el sufrimiento que ocasionaban y que, además de permitirlo, lo justificaban. Personas como los grandes jefes nazis, que podemos encontrar también en otros niveles de la sociedad, no solo despreciaban los ideales de igualdad y libertad sino que, además, pretendían imponer por medio de la fuerza y la violencia los principios de jerarquía y obediencia ciega a la autoridad, tanto a nivel civil como a nivel internacional y racial. Para ellos, había “por naturaleza” pueblos señoriales que debían dominar y someter a pueblos esclavos, o incluso exterminarlos, como en el caso de los judíos y los eslavos.

Este mal tuvo su expresión en una ideología como la nacionalsocialista, que a través del adoctrinamiento, la propaganda y la creación de una “conciencia nazi” (KOONZ 2005) para el establecimiento de una *Volksgemeinschaft*

sumisa y cerrada abrió las puertas a los distintos rostros del mal. Dentro de su ficción simplista del mundo, los nazis afirmaban que devolverían a Alemania la gloria que merecía y que restituirían su posición en el panorama político. Su ideología entrañaba una determinada concepción de la historia cuyo motor era una “lucha de razas” que terminaría en un final escatológico y mesiánico, cuando el *Führer* y su Partido librarán al mundo de las “razas parásitas”, permitiendo con ello el desarrollo de la raza aria y dando lugar al mayor imperio jamás conocido por el hombre: el llamado “Reich de los mil años”. Asimismo, esta visión del mundo y de la realidad contribuyó a erigir el denominado “mito de Hitler”, otorgándole un halo semidivino ante la población, así como un aura de infalibilidad en sus decisiones. A través de la canalización de sentimientos, de la propaganda, de su oratoria y puesta en escena, etc., Hitler logró convencer a la población alemana de que solo él podía salvarlos de la situación en que había quedado sumida Alemania tras el Tratado de Versalles, obteniendo de ellos un seguimiento ciego y la voluntad de “caminar en la dirección del *Führer*”. En este sentido, Hitler ejemplifica la importancia del papel del líder dentro de una ideología y de un régimen totalitario. La figura del *Führer* se convirtió en el vértice de la pirámide del poder nazi, para lo cual tuvo que esforzarse por mantener una situación caótica dentro de la burocracia del Estado. Así, creó un Estado paralelo, atribuyendo a las secciones del NSDAP las mismas funciones que tenían los ministerios, de manera que cuando había un conflicto solo él podía dirimir la cuestión; de este modo, se garantizó que el sistema dependiera de él y que nadie pudiera conspirar para arrebatarle el poder. Dentro de este Estado dual, Hitler realizó una especie de juegos malabares de poder gracias a los cuales pudo mantener el equilibrio y erigirse como la pieza clave y fundamental del engranaje nacionalsocialista.

4. LA “ESPONTANEIDAD DEL MAL”

Una teoría que ayudaría a completar la idea de banalidad del mal es la que hemos bautizado como “espontaneidad del mal” u “orden espontáneo del mal”.¹³ Con esta expresión nos referimos al mal que surge de manera

¹³ Aunque esta expresión necesita un mayor desarrollo que el que aquí se expone, agradezco a M^a Purificación Sánchez Zamorano la acuñación de este término. Así, al igual que el liberalismo de pensadores como Adam Smith o Friedrich Hayek defiende la ordenación espontánea de mercado —siempre bajo la premisa o el supuesto implícito de que dicho orden se dirigirá teleológicamente hacia un bien común y final—, en los campos de concentración y en diversos estratos de la sociedad nazi el mal también habría logrado adquirir un orden espontáneo, sin un propósito inicial de que adquiriese esa forma concreta y específica; en otras palabras, muchos habrían colaborado voluntariamente y con iniciativas propias para perpetrar las atrocidades del

espontánea —especialmente en los campos de concentración— cuando a los perpetradores se les dota de un poder casi absoluto a la hora de cumplir sus objetivos y se les exonera de toda responsabilidad, tanto por sus acciones como por lo que les pudiera ocurrir a las víctimas. Los operarios de las SS, de la Gestapo, etc., tenían prácticamente una libertad total a la hora de elegir el método para la consecución de los fines que les encomendaban y, si estos eran alcanzados, carecían de cualquier tipo de responsabilidad sobre sus actos; lo prioritario era el cumplimiento de su cometido.

A esto debe añadirse lo expuesto por Raúl Hilberg (2005) acerca del modo de actuar de los nazis ante una situación que carecía de precedentes históricos y de modelos de actuación previos. Los funcionarios de los campos y de la policía del III Reich se vieron ante una situación insólita a la hora de llevar a cabo el exterminio y de implantar el terror dentro de la Alemania nazi; ningún otro pueblo había realizado a lo largo de la historia una acción similar o, por lo menos, de manera tan sistemática, estructurada, fría, calculada y burocratizada. Por lo tanto, los operarios nazis se vieron obligados a “inventar” sus propios modelos de actuación, en el sentido de que tenían un amplio margen de libertad para *interpretar* las órdenes de la cúpula del NSDAP. Por ejemplo, mientras los judíos fueran exterminados, resultaba indiferente si era a través de la utilización de camiones o cámaras de gas, de fusilamientos o apaleándolos hasta la muerte; la única meta consistía en su total eliminación. Si las cámaras de gas acabaron siendo el método de asesinato más común se debió únicamente a su eficacia, ya que permitían ejecutar a un mayor número de personas en un menor periodo de tiempo, a la vez que establecían una distancia psicológica entre los funcionarios de los campos y los prisioneros, a los cuales los primeros no veían morir —al contrario de lo que ocurría con otros métodos, como los fusilamientos o las palizas—; además, los *Sonderkommandos* se encargaban de las tareas más desagradables dentro de esta maquinaria asesina. Ahora bien, la cúpula del Partido no establecía las condiciones en las que se realizaban las deportaciones o aquellas que se vivían dentro de los campos y sus barracones; el maltrato físico y psicológico, la denigración, los abusos, el hambre, las enfermedades... todo ello se dejó a la libre interpretación de quienes allí trabajaban. De hecho, resulta curioso y representativo la diferencia de trato que recibían las víctimas recién llegadas a los campos de exterminio en función de su procedencia: los deportados venidos del Este eran maltratados desde el momento en que bajaban del tren, pues la mayoría de ellos conocía el destino que les aguardaba —debido, fundamentalmente, a la relativa cercanía con los campos— y

nazismo del modo en que las conocemos —desmintiendo con ello la premisa liberal de que una ordenación espontánea de las cosas por parte del ser humano deba conducir necesariamente al bien—.

era preciso reprimirlos para evitar cualquier sublevación o altercado; en cambio, las personas venidas del Oeste o de Centroeuropa, que tenían un mayor desconocimiento sobre lo ocurrido en los *Lager*, eran engañadas con buenos modales y buenas maneras para evitar una histeria colectiva, y bajo el pretexto de proporcionarles una ducha de desinfección y la posterior asignación de un trabajo eran conducidos mansamente a las cámaras de gas (SERENY 2009, 210-1). Semejantes modelos de actuación no fueron dictados por el Partido sino que fueron establecidos paso a paso, mediante “ensayo y error”, por los encargados de los campos para llevar a cabo su macabra labor; no importaba el cómo, lo relevante era el exterminio como fin en sí mismo.

En cierto sentido, puede decirse que dentro del nacionalsocialismo había que “adivinar” qué era exactamente lo que querían los superiores, es decir, cuál era el método adecuado para llevar a cabo sus mandatos, pues en caso de no cumplir el objetivo deseado por la cúpula del NSDAP la persona que había llevado a cabo la acción no estaba exenta de responsabilidad. El caso más representativo lo constituyen las órdenes decretadas por Adolf Hitler, quien, no en vano, evitaba firmar cualquier tipo de documento con el propósito de conservar el *mito* que había sido construido en torno a su persona. Lo verdaderamente importante era lo que en Alemania se conocía como “trabajar en la dirección del *Führer*”. Por norma general, las prescripciones de Hitler solían ser vagas, imprecisas y ambiguas, de manera que aquel que las recibía debía *interpretar* cuál era el objetivo que el *Führer* pretendía y la mejor manera de llevarlo a cabo, con el riesgo que entrañaba cualquier cambio de voluntad o de ánimo por parte del líder nacionalsocialista. Errar en la consecución de este fin, como la victoria en una batalla, o no hacerlo de la manera deseada por Hitler —debido a las bajas o a un uso excesivo de recursos— podía suponer desde un severo toque de atención hasta un castigo o, en los casos más graves —como una rendición—, la acusación de traición. Por lo tanto, la mejor manera de prevenir cualquier tipo de incidente era situarse lo más cerca posible de la figura de Hitler o de alguno de sus colaboradores más importantes, conocerlos y aprender cuáles eran sus pretensiones y preferencias a la hora de actuar. Finalmente, las personas que realizaban la mejor interpretación de las órdenes de sus líderes o más se aproximaban a la idea que estos habían concebido para llevarlas a cabo eran las que obtenían reconocimiento y prestigio dentro de las filas del Partido.

5. EL MAL CONCENTRACIONARIO

La “espontaneidad del mal” no es la única expresión del mal que podemos hallar en los campos, sino que en ellos también encontramos lo que

hemos dado en llamar como “mal concentracionario”, es decir, el cambio de personalidad que los nazis lograron provocar entre los propios prisioneros de los campos de concentración y de exterminio. Como hemos conocido a través de la literatura testimonial y de numerosos estudios sobre el Holocausto, los operarios nazis de los *Lager* obligaban a algunos judíos a realizar los trabajos más ingratos y despreciables de los campos, como guiar a las víctimas a las cámaras de gas, cortarles el pelo, organizar sus ropas y pertenencias, enterrarles, incinerarles, arrancarles los dientes de oro, etc.; a cambio, “gozaban” de una mayor esperanza de vida que la del resto de sus compañeros, puesto que, a ojos de los nazis, resultaba más útil y práctico mantenerlos con vida que enseñar continuamente a nuevos presos las tareas que debían realizar.¹⁴ Estos “trabajadores” eran los llamados *Sonderkommandos*, la función que Primo Levi (2012) describía como la más horrenda del campo. Sin embargo, de manera involuntaria, los SS inculcaron a estos prisioneros judíos la idea de que el mejor modo de sobrevivir en los campos era parecerse a los propios SS, y esto “iba incluso más allá de la cuestión de la seguridad” (SERENY 2009, 284). En cuanto tuvieron un poco de poder, muchos prisioneros judíos se volvieron crueles con sus compañeros y ejercieron una autoridad similar a la de los guardianes nazis. Por un lado, eran cuidadosos ante los SS, de modo que estos nunca les vieran demasiado acomodados o pudieran pensar que vagueaban, y evitaban darles cualquier imagen que pudiera resultar grotesca —como la higiene, o incluso afeitarse— para evitar ser conducidos a las cámaras. Pero, por otro, acabaron mimetizándose con sus carceleros, maltratando al resto de presos o dirigiéndose a ellos de manera despectiva; un hecho similar al experimento de la cárcel de Stanford realizado por Philip Zimbardo (2008), pero desgraciadamente mucho más cruel y, ante todo, más real.

Asimismo, estos trabajadores judíos solían disfrutar de ciertos privilegios dentro del campo, ya fuera estar exentos de la obligación de vestir su uniforme de prisioneros o, en caso de que hubiera excedentes de comida procedentes de los trenes de deportación, poder renunciar a su menú habitual para “robar” algunos de estos alimentos sin ser detenidos por los SS (SERENY 2009, 185-6 y 275). Así es como los trabajadores judíos llegaron a jerarquizar a sus congéneres y a necesitar su muerte para sobrevivir. Preferían los trenes de Centroeuropa porque venían con riquezas y comida, mientras que detestaban los transportes procedentes del Este, dado que en su mayoría traían personas de bajos recursos, sin apenas provisiones y con bienes de poco valor. Pero, sobre todo, y quizá sea esto lo más escalofriante, necesitaban que no cesaran las deportaciones, que

¹⁴ Por desgracia, también es cierto que, para evitar cualquier acomodamiento o que los operarios de los campos albergaran cualquier tipo de sentimiento hacia los prisioneros, era habitual que los *Sonderkommandos* acabasen siendo “renovados” después de un periodo de varios meses.

estas continuasen pese a todo; es más, deseaban que llegaran nuevos trenes porque, de no haber prisioneros, su trabajo carecía de sentido y ellos serían las siguientes víctimas. Para ellos, y esto es uno de los mayores reflejos del mal y del horror del nazismo, la muerte de sus compañeros acabó significando su propia vida.

6. LA COMPLICIDAD DEL PUEBLO ALEMÁN

Finalmente, la última manifestación del mal que pretendemos abordar es el de la *complicidad*, tanto activa como pasiva, de la población. Durante mucho tiempo se dijo que la población alemana carecía de cualquier tipo de conocimiento o información acerca de lo acaecido en los campos de exterminio, hecho que probaría su inocencia en lo que refiere a la perpetración del Holocausto. Sin embargo, desde finales de la década de los ochenta y principios de los noventa del siglo XX (JOHNSON 2002, 31-5) son cada vez más los historiadores sociales que han demostrado que los ciudadanos alemanes, en su gran mayoría, eran perfectamente conscientes de lo que estaba ocurriendo. Sumergiéndonos en el debate acerca de la culpabilidad del pueblo alemán en el genocidio nazi, no podemos decir que aquel fuese directamente responsable, pero sí recae sobre él una cooperación en los crímenes del nacionalsocialismo. En su mayor parte, el camino hacia Auschwitz fue asfaltado con la indiferencia y la pasividad general de la población.¹⁵

El pueblo alemán había visto en primera persona la persecución realizada contra los judíos y el maltrato al que eran sometidos en los pogromos. Junto a ello, varios factores apuntan a que también tenían noticia del exterminio. En primer lugar, hubo grupos de resistencia en Alemania, como la *Rosa Blanca* de los hermanos Scholl,¹⁶ que a través de sus folletos y eslóganes advertían a

¹⁵ Somos conscientes de que este juicio puede resultar muy sumario para lo que supone la complejidad del tema, pero, por motivos de espacio y de delimitación a la cuestión que nos ocupa, no podemos abordarla con la profundidad que deseáramos. En todo caso, la sentencia recoge nuestra posición general en este aspecto. Para un mayor debate sobre este punto puede consultarse la obra del filósofo alemán Karl Jaspers —profesor y amigo cercano de Hannah Arendt—, *El problema de la culpa*, donde el propio autor sostiene que, si bien no puede acusarse moralmente a todo un pueblo o inculparlos de un crimen, sí se los puede hacer políticamente responsables: “Sin duda, tiene sentido hacer responsables a todos los ciudadanos de un Estado por las consecuencias originadas por las acciones de ese Estado. Aquí se encuentra implicada una colectividad. Sin embargo, esta responsabilidad se halla determinada y limitada, sin que implique una inculpación moral y metafísica de los individuos” (JASPERS 1998, 60).

¹⁶ Scholl (1983). El grupo de la *Rosa Blanca* estuvo activo entre 1942 y 1943. El 18 de febrero de 1943 sus principales dirigentes, Hans Scholl, Sophie Scholl y Christoph Probst fueron

sus compatriotas sobre los crímenes del gobierno de Hitler y llamaban a la resistencia contra el régimen. En segundo lugar, los aliados tenían constancia del exterminio nazi y de la existencia de los campos desde 1942:¹⁷ medios de comunicación como la BBC británica informaban de estos sucesos en sus emisiones de radio y, aunque en la Alemania nazi estaba prohibido captar y escuchar emisoras extranjeras, muchos ciudadanos sintonizaban clandestinamente frecuencias británicas o incluso soviéticas para informarse sobre el curso de la guerra, de manera que tenían noticia de lo que estaba haciendo su propio gobierno. Finalmente, la dimensión de los campos de concentración, los subcampos que tenían a su alrededor y su cercanía en muchas ocasiones a pueblos y ciudades hacían imposible que la población obviase su existencia. A menudo, las grandes empresas establecieron industrias junto a los propios campos o solicitaban presos que alojaban en las mismas fábricas o cerca de ellas, con la finalidad de obtener una significativa cantidad de mano de obra esclava para su producción (GELLATELY 2002, 279-83); por consiguiente, los ciudadanos podían ver con sus propios ojos a los prisioneros, el emplazamiento de los campos y, en algunos casos, el humo procedente de las incineraciones. En otras ocasiones, los habitantes de los distintos países donde se situaban los *Lager* acudían a las vallas o a los trenes de deportación para dar alimento a las víctimas o, incluso, para comerciar con ellas. Asimismo, la construcción de algunos campos se hizo arrebatando parte de las tierras a sus propietarios, de manera que algunos tenían sus cosechas limitando con ellos y sabían prácticamente de primera mano lo que allí ocurría. Todos estos factores hacían imposible el desconocimiento por parte de la población alemana.

El caso de Víctor Klemperer supone quizá uno de los más significativos e ilustrativos para reforzar esta posición. Klemperer era un judío que logró evitar

detenidos y ejecutados acusados de alta traición; el resto de integrantes clave serían también ejecutados meses más tarde.

¹⁷ Levi (2012, 475). En su libro recién publicado *One Long Night. A global history of Concentration Camps*, y concretamente en el capítulo cinco, dedicado al sistema concentracionario nazi, Andrea Pitzer refuerza también este hecho, citando para ello artículos de medios como el *Washington Post* y el *New York Times* de comienzos de la década de los cuarenta referidos a los campos de exterminio. Tal y como concluye la autora: “A shortage of information on the camps was not the issue, as is apparent in a bit of editorializing that the *New York Times* appended to its description of the report, declaring that its sources were said to be reliable, yet ‘the stories seemed too terrible and the atrocities too inhuman to be true.’ The Polish underground had sent Jan Karski to London and Washington to share firsthand reports on the death camps, to which Supreme Court justice Felix Frankfurter famously replied, ‘I did not say this young man is lying. I said I am unable to believe him.’ By 1943, newspapers were reporting credible stories that more than three million civilians had been killed in Poland. The truth is that general public in the West had enough information to realize that concentration camps lay at the heart of something terrible—but by and large they lacked the capacity to imagine that it was all true” (PITZER 2017, 215).

la deportación gracias a su matrimonio con una mujer alemana y residió en Berlín hasta el final de la guerra. Pese a todas sus penurias y dificultades, logró escribir un diario (KLEMPERER 2003) donde no solo narra su represión, su reclusión en un gueto berlinés y la coartación de su libertad, sino también cómo a partir de 1942 tuvo constancia de lo que ocurría en Auschwitz, aunque no de su total magnitud. Así, su conclusión fue que si él, con las limitaciones que tenía, los peligros que le rodeaban y su escasa accesibilidad a medios de prensa y radio, pudo enterarse de lo sucedido, cualquier persona de Alemania podría haberlo hecho también; bastaba con querer verlo y querer escucharlo, en lugar de mirar hacia otro lado. Este fue precisamente el pecado del pueblo alemán: en su mayoría, en lugar de rebelarse, de oponerse y de luchar, permaneció sumiso, renunció a su juicio crítico, se limitó a seguir órdenes y, sobre todo, ante la perpetración de los crímenes, *decidió mirar para otro lado*. La represión nazi solo estaba dirigida contra determinados grupos victimizados, de manera que el ciudadano alemán de a pie era consciente de que si no se relacionaba con ninguno de estos colectivos y no ponía en cuestión las decisiones del régimen estaría a salvo de cualquier tipo de represalia.

Unido a esto, el III Reich se esforzó en hacer a la población cómplice de sus crímenes a través del uso de la ideología, incluyendo aquí herramientas como la propaganda o el adoctrinamiento. No solo animaba a los alemanes a una colaboración activa presentando denuncias contra todo aquel que considerasen sospechoso de sedición, traición o de cualquier tipo de acto contrario al régimen, sino que también obtuvo su cooperación pasiva a través de su silencio en la puesta en marcha de su maquinaria asesina. Así fue como, en los últimos compases de la guerra, con los aliados cada vez más cerca de la victoria, los ciudadanos se percataron de la situación en la que les había dejado su gobierno: si las tropas aliadas ganaban, podrían tomar represalias contra ellos y hacerles pasar por lo mismo que se habían empeñado en ignorar. Por lo tanto, los alemanes debían tomar una difícil decisión: o asumían la derrota y confesaban su colaboración pasiva, con la esperanza de que la venganza fuera menor, o seguían apoyando al nazismo hasta el final con la esperanza de que remontara la guerra y continuar así exentos de responsabilidad por sus actos. Lamentablemente, al final el miedo y la vergüenza vencieron a la culpa, y los alemanes permanecieron fieles al III Reich prácticamente hasta la conquista de Berlín.

7. CONCLUSIÓN

A través del presente enfoque resulta evidente que el mal engendrado por el nacionalsocialismo es imposible de reducir a una única y omniabarcante

teoría explicativa. Muchos son los elementos que, como decía Hannah Arendt, cristalizaron para darle origen, y muchas fueron sus formas y expresiones. Durante los doce años que se prolongó el III Reich, el mal impregnó todas las capas de la sociedad, permeó todas las acciones e inundó todos los aspectos de la vida de la población. No fue únicamente algo diabólico, ni tampoco fue el “desvarío demencial de un conjunto de sádicos perversos y perturbados”; también intervinieron en él hombres “terrible y terroríficamente normales”. Aquel “infierno en la Tierra” fue erigido y llevado a cabo por hombres, por seres humanos, ejecutándolo de múltiples formas. En este sentido, el mal nazi adoptó distintas formas y rostros. El mal nacionalsocialista fue un mal polifacético.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, V. & MALISHEV, M. 2011, “Hannah Arendt: el totalitarismo y sus horrores (última parte)”, Toluca, México, *La Colmena*, 71 (julio-septiembre): 63-71.
- ARENDT, H. 2005, *Ensayos de comprensión 1930-1954*, Madrid: Caparrós Editores.
- ARENDT, H. 2010, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid: Alianza.
- ARENDT, H. 2011, *Eichmann en Jerusalén*, Barcelona: DeBolsillo.
- BERNSTEIN, R. 2007, “¿Son todavía relevantes las reflexiones de Arendt sobre el mal?”, *Al Margen*, Bogotá, Colombia, 21 y 22 (Número especial: *Hannah Arendt: pensadora en tiempos de oscuridad*, marzo y junio): 49-63.
- BERNSTEIN, R. 2009, “¿Cambió Hannah Arendt de opinión? Del mal radical a la banalidad del mal”, en BIRULÉS, F. (comp.), *Hannah Arendt: el orgullo de pensar*, Barcelona: Gedisa, 235-57.
- BERNSTEIN, R. 2012, *El mal radical*, Buenos Aires: Prometeo Libros.
- BIRULÉS, F. (ed.) 2008, *Hannah Arendt: el legado de una mirada*, Madrid: Sequitur.
- BOTERO, A. J. 2013, “El mal radical y la banalidad del mal: las dos caras del horror de los regímenes totalitarios desde la perspectiva de Hannah Arendt”, *Universitas Philosophica*, Bogotá, Colombia, 60 (enero-junio): 99-126.
- BROWNING, C. R. 2002, *Aquellos hombres grises*, Barcelona: Edhasa.
- CANOVAN, M. 1992, *Hannah Arendt: A Reinterpretation of her Political Thought*, Cambridge: Cambridge University Press.
- DI PEGO, A. 2007, “Las concepciones del mal en la obra de Hannah Arendt. Crítica de la modernidad y retorno a la filosofía”, *Al Margen*, Bogotá, Colombia, 21 y 22 (Número especial: *Hannah Arendt: pensadora en tiempos de oscuridad*, marzo y junio): 88-103.
- ELVIRA GARCÍA, D. & KOHN WACHER, C. 2010, “Hannah Arendt. La vigencia de un pensamiento”, Santiago, Chile, *Revista Enfoques*, VIII, 13: 11-30.
- GELLATELY, R. 2002A, *La Gestapo y la sociedad alemana*, Barcelona: Paidós.
- GELLATELY, R. 2002B, *No solo Hitler*, Barcelona: Crítica.
- GOLDHAGEN D. J. 2008, *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Madrid: Taurus.
- HILBERG, R. 2005, *La destrucción de los judíos europeos*, Madrid: Akal.
- JASPERS, K. 1998, *El problema de la culpa*, Barcelona: Paidós.
- JOHNSON, E. A. 2002, *El terror nazi*, Barcelona: Paidós.
- KANT, I. 2009, *La religión dentro de los límites de la mera razón*, Madrid: Alianza.
- KLEMPERER, V. 2003, *Quiero dar testimonio hasta el final* (2 volúmenes), Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- KOONZ, C. 2005, *La conciencia nazi*, Barcelona: Paidós.
- KEKES, J. 2006, *Las raíces del mal*, Buenos Aires: Editorial El Ateneo.

- LANZMANN, C. 2003, *Shoah*, Madrid: Arena Libros.
- LEVI, P. 2012, *Trilogía de Auschwitz*, Barcelona: El Aleph.
- LOZANO, A. 2012, *La Alemania nazi*, Madrid: Marcial Pons.
- MARRADES, J. 2002, “La radicalidad del mal banal”, *Logos. Anales del Seminario de Metafísica*, Madrid, 35: 79-103.
- NEIMAN, S. 2012, *El mal en el pensamiento moderno*, México D.F.: FCE.
- PITZER, A. 2017, *One Long Night*, Nueva York: Little, Brown and Company.
- PRIOR OLMOS, Á. 2010, “Historia de la voluntad y banalidad del mal”, en *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, Madrid, CLXXXVI, 742 (marzo-abril): 211-26.
- RÜHLE, V. 2010, “Pensar a la sombra de las víctimas. La reflexión filosófica y el ‘Tercer Reich’”, en DUQUE, F. & ROCCO, V. (ed.), *Filosofía del Imperio*, Madrid: Abada.
- SERENY, G. 2009, *Desde aquella oscuridad*, Barcelona: Edhasa.
- SCHOLL, I. 1983, *The White Rose*, Middletown: Wesleyan University Press.
- TRAVERSO, E. 2002, *La violencia nazi*, Buenos Aires: FCE.
- WAGON, M. E. 2013-14, “Eichmann según Kant. Consideraciones sobre el problema del mal en Arendt y Kant”, *Anacronismo e Irrupción*, Buenos Aires, Argentina, 3, 5 (noviembre 2013 a mayo 2014): 69-97.
- YOUNG-BRUEHL, E. 2006, *Hannah Arendt. Una biografía*, Barcelona: Paidós.
- ZIMBARDO, P. 2008, *El efecto Lucifer*, Barcelona: Paidós.